

HISTORIOGRAFÍA DEL MADRID ANDALUSÍ:  
REFLEXIONES SOBRE LAS REPRESENTACIONES  
DE MAĞRĪṬ A LO LARGO DE LA HISTORIA  
(SIGLOS X-XXI)

Christine MAZZOLI-GUINTARD  
Universidad de Nantes

*Resumen*

El Madrid andalusí ha sido objeto de estudio para los historiadores desde el siglo X hasta nuestros días. En todo este tiempo, es posible distinguir tres grandes etapas: la de la historiografía dinástica y oficial –siglos X-XVII–, la de la historia metódica y erudita –siglos XVIII-XX– y la más reciente –desde el último tercio del siglo XX–, en la que las aportaciones de la arqueología han abierto un nuevo abanico de preguntas y perspectivas.

*Palabras clave*

Mağrīṭ – Madrid andalusí – al-Andalus

*Abstract*

The islamic Madrid has been the subject of study for historians from the tenth century until today. Throughout this time, we can distinguish three important stages: the official dynastic historiography –from the Xth to XVIIth century–, the methodical and erudite History –from the XVIIIth to the –XXth century– and the most recent one –from the last third of the XXth century–, in which the contributions of Archaeology have opened a new range of questions and perspectives.

*Keywords*

Mağrīṭ – Islamic Madrid – al-Andalus

## 1. *Introducción*

Historia de la historia, la historiografía analiza cómo cada época ha escrito la historia y procura evidenciar los distintos modos que ha empleado esta escritura para expresarse puesto que, y según J. Le Goff (1988: 190), “cada época fabrica mentalmente su representación del pasado histórico”. Esta representación del pasado empezó a elaborarse en la Edad Media y ha pasado por fases distintas, de continuidad y de rupturas, sobre las cuales existe una amplia bibliografía, que ha puesto de relieve la gran variedad de los géneros históricos de la Edad Media, la pasión por la historia del siglo XVI, el nacimiento de las filosofías de la historia en el siglo XVIII, la aparición de los métodos de la erudición en el siglo XIX, etc. (BOURDÉ – MARTIN, 1990). Este marco historiográfico tan bien planteado permite conocer las grandes escuelas históricas y puede servir de guía para estas decimoterceras Jornadas de Historia Medieval de la Asociación Cultural Almudayna, que proponen *Una reflexión historiográfica sobre la Historia de Madrid en la Edad Media*. El Madrid de la Edad Media al que me dedicaré es el Madrid andalusí, el Mağrīt de las fuentes árabes; más precisamente, intentaré hacer algunas reflexiones sobre la historiografía de Mağrīt, para dibujar las grandes líneas de representación por las cuales pasó el Madrid andalusí, desde el siglo X, cuando entró en la historiografía bajo el cálamo de al-Rāzī, hasta las perspectivas que sigue ofreciendo el siglo XXI.

Para llevar a cabo esta tarea, cabe recordar que existen sobre el tema publicaciones notables que permiten exponer las grandes articulaciones de la historiografía del Madrid andalusí. Entre ellas, sobresalen las siguientes: la importantísima obra de J. Oliver Asín, *Historia del nombre Madrid* (1959) que además de constituir una base de datos esencial, marca un hito fundamental en la escritura de la historia madrileña; el gran artículo de M<sup>a</sup>. J. Viguera Molins, *Madrid en al-Andalus* (1992), que reúne todos los textos producidos por la historiografía árabe de la Edad Media sobre Mağrīt; el balance bibliográfico sobre el Madrid andalusí publicado por C. Martínez Salvador, J. Jiménez Gadea y F. Valdés Fernández en 1992; y la obra colectiva *Testimonios del Madrid medieval: el Madrid musulmán*, editada en 2004 por el Museo de San Isidro, que es la publicación de síntesis más reciente sobre el Madrid musulmán y da a conocer datos arqueológicos inéditos. La pregunta, pues, es la siguiente: ¿cómo fue escrita la historia de Mağrīt a lo largo de los siglos? o, para formularla de otra manera, ¿cuáles son las representaciones de Mağrīt que elaboraron las diversas generaciones de historiadores? La historiografía mağrītī se

inscribe en el movimiento, ahora bien conocido, de las representaciones sucesivas del pasado, de tal manera que se pueden distinguir tres grandes momentos: el tiempo de la historia dinástica y oficial, cuando los autores escribían bajo la autoridad del príncipe o para la gloria de éste –siglos X-XVII–; el tiempo de la historia metódica, cuando se asentaron las bases de la erudición moderna –finales del siglo XVIII– mediados del siglo XX–; y el tiempo de las nuevas preguntas, que empezó en la década de 1970, y lleva a nuevas y renovadas perspectivas para Mağrīt. De todos estos momentos, sólo recordaré el hilo conductor del mecanismo que lleva a la escritura de la historia, subrayando las incógnitas que aún no se han resuelto.

## 2. *Para servir al príncipe: Mağrīt en la historiografía dinástica y oficial (siglos X-XVII)*

La primera aparición de Mağrīt en la historiografía árabe se produjo de la mano de Aḥmad b. Muḥammad al-Rāzī en la primera mitad del siglo X. Este autor, nacido en el año 888 y muerto en 955, estudió en Córdoba y redactó obras sobre la historia de al-Andalus, obras perdidas pero conservadas por autores posteriores, y también redactó una obra geográfica, de la cual se conserva una traducción castellana (LÉVI-PROVENÇAL, 1913-1938). No cabe duda de que sus obras obedecen a una escritura oficial y dinástica: al-Rāzī escribía al servicio de los Omeyas de Córdoba, elogiando a los príncipes de al-Andalus, como se observa en el pasaje que contiene la referencia más antigua a Madrid:

“A Muḥammad [I], del tiempo de su reinado, se le deben hermosas obras, muchas gestas, grandes triunfos y total cuidado por el bienestar de los musulmanes, preocupándose por sus fronteras, guardando sus brechas, consolidando sus lugares extremos y atendiendo a sus necesidades [...]. Y él fue quien, para las gentes de la frontera de Toledo, construyó [...] el “ḥiṣn” de Madrid” (VIGUERA, 1992: 15).

Elogiar al príncipe por ser cronista-cortesano es un rasgo común de los autores del Medioevo, que eran historiadores “*des cours et des places [que guettent] plusieurs travers, dont ceux de verser dans le panegyrique*” (BOURDÉ – MARTIN, 1990: 84), hecho que invita a la máxima cautela cuando el autor enumera todas las buenas y perfectas acciones del soberano. ¿Se consolidó Mağrīt en favor de la gente de Toledo... o lo hizo en favor del estado omeya? Sobre esta referencia, de sobra conocida, cabe notar la coherencia del vocabulario empleado por al-Rāzī, y eso a pesar de las traducciones sucesivas sufridas por el texto, en su *Descripción de al-Andalus*, donde escribió, a propósito del

distrito de Guadalajara, que “en su territorio hay muchos castillos y ciudades, como el castillo de Madrid” (LÉVI-PROVENÇAL, 1953: 81). Ahora bien, este primer eslabón de la historiografía maġrītī sigue planteando varias cuestiones, de las cuales destacaré una: la noticia de al-Rāzī está conservada por el gran historiador Ibn Ḥayyān (m. 1076) en su *Muqtabis*, que cita su fuente, según el modelo del *isnād* pero también según los cánones del historiador moderno, que menciona las autoridades sobre las cuales se funda su conocimiento. ¿Hasta qué punto el cronista del siglo XI reprodujo fielmente –quiero decir palabra por palabra– lo que fue escrito un siglo antes? En efecto, É. Lévi-Provençal (1953: 56) escribió a propósito de al-Rāzī que “*cet oriental à peine implanté en Espagne demeure entièrement oriental dans son style et dans sa langue et qu'on chercherait en vain dans son écriture la moindre trace d'hispanisme*”. ¿Un estudio filológico detenido no podría sugerirnos nuevas pistas de lectura? La palabra la tiene el arabismo.

Si es verdad que Ibn al-Faraḍī (m. 1012) conservó en su repertorio biobibliográfico noticias de sabios madrileños (VIGUERA, 1992: 26), el siguiente eslabón de la historiografía árabe sobre Maġrītī viene dado por Ibn Ḥayyān. Siguiendo la manera habitual de redacción de las crónicas medievales, que otorgan la mayor importancia a los hechos políticos y militares (BOURDÉ – MARTIN, 1990: 45), apuntó datos relativos a episodios bélicos y anotó los nombres de los gobernadores. El cambio que se puede observar en la manera de designar a Madrid como *madīna* para la que ha sido nombrado gobernador al-Faṭḥ b. Yaḥyā en el año 939-940, quizá pueda revelar un cambio de estatuto, ¿jurídico? ¿económico?, para el lugar, y da muestra del empleo de fuentes distintas por Ibn Ḥayyān, quien utilizó, como sabemos, los archivos de la cancillería omeya. Pero no se contentó Ibn Ḥayyān con mencionar los hechos políticos y militares protagonizados por Madrid, también señaló un fenómeno extraordinario –manera de actuar también clásica de los cronistas medievales–: el descubrimiento de un esqueleto gigantesco en el foso de la ciudad. Esta noticia del cronista del siglo XI fue conservada por al-Ḥimyarī, un geógrafo magrebí de la primera mitad del siglo XIV.

A partir del siglo XII, la historiografía árabe sobre Maġrītī se hace más amplia y abarca todos los géneros literarios, como puso de relieve M<sup>a</sup>. J. Viguera Molins. Sigue siendo una producción cortesana, pero ahora diversificada. A mediados del siglo XII, el geógrafo al-Idrīsī (1975: 82), a petición del rey de Sicilia y desde Palermo, describió Madrid como “una ciudad pequeña, una fortaleza potente y próspera, que en tiempos del Islam tenía una mezquita aljama donde re-

gularmente se pronunciaba el sermón”. En el siglo siguiente, Madrid apareció en la historiografía latina, siempre para señalar éxitos militares de los soberanos: Lucas de Tuy (1983: 258), que escribió hacia 1230, mencionó la campaña de Ramiro II contra Madrid en 932 y, por supuesto, la conquista de la ciudad después de la de Toledo; Jiménez de Rada (1987: III, XI), cuya redacción es, más o menos, una década posterior, también relató que Alfonso VI se apoderó de Toledo y, entre otras poblaciones, de Madrid. De manera significativa, Madrid surgió en la historiografía latina cuando apareció este género literario que consiste en escribir historias universales que hacían de Castilla el reino elegido para realizar la unificación de la Península (RUCQUOI, 1993: 323), es decir cuando apareció un género literario que quería dar plena legitimidad a la dinastía reinante, volviendo a escribir su historia, la Historia. ¿No hay, en este aspecto, paralelismos con la manera de escribir de al-Rāzī, que se proponía legitimar a los Omeyyas de Córdoba? Como bien lo escriben G. Bourdē y H. Martin (1990: 255), “*il n’y a pas de fait historique en soi [...] mais il y a de l’inventé et du fabriqué*”.

Madrid, sin embargo, desempeñó un papel muy secundario en la historiografía del Medioevo cristiano, siendo totalmente ahogada por Toledo; tuvo que esperar al Siglo de Oro para convertirse en protagonista de varias obras: la instalación de la residencia real en Madrid en 1561 suscitó un gran interés por el pasado de la ciudad elegida por Felipe II; los letrados examinaron la etimología de Madrid, a la cual reconocieron un origen árabe, como bien subrayó J. Oliver Asín (1959: 215-225). Sin embargo, sólo encontraron un origen árabe a la palabra, no al lugar mismo: la palabra árabe suplantó a otro topónimo, dado al núcleo poblacional primitivo en la Antigüedad. En efecto, los autores del Siglo de Oro no pudieron hacer otra cosa que otorgar a Madrid un origen griego o romano, y eso por dos motivos. En primer lugar, la residencia de Felipe II tenía que alzarse al rango de las más potentes ciudades europeas, que habían nacido en tiempos antiguos, como Roma, París, Florencia o Viena. Y, además, la residencia del muy católico Felipe II no podía ser una fundación musulmana, como bien apunta B. Bessière (1996: 17) a propósito de las obras de López de Hoyos, cronista oficial de la Villa:

*“s’il ne doute pas que Madrid soit un nom arabe, il lui est impossible de reconnaître la vérité: moins d’un siècle après le dernier acte de la Reconquête, un historien officiel ne peut soutenir l’idée que la ville dans laquelle vient de s’installer la dynastie des souverains très catholiques est une création musulmane”.*

Así, cuando López de Hoyos (1572: 242) relató la destrucción del Arco de la Almudena, que tuvo lugar en noviembre del 1570 para la solemne recepción de la reina Ana de Austria, señaló la presencia de piedras muy fuertes, tan fuertes que los obreros no podían desencajar la cantería, y dentro de su lógica de autor renacentista y cronista al servicio de la monarquía, concluyó “que no era pequeño argumento de su grande antigüedad”. Las preocupaciones de los eruditos del siglo XVI se prolongaron en el siglo XVII: siguió planteándose el origen etimológico de “Madrid”, con respuestas muy diversas tanto a propósito de la palabra árabe sobre la cual se formó Madrid, como acerca del origen del topónimo, rechazando algunos que la palabra pudiera venir del árabe (OLIVER, 1959: 223-225).

Más allá de la diversidad de sus formas, el mismo mecanismo rigió las historiografías medievales y modernas sobre Madrid. Elogiar al príncipe a través de la ciudad, ya fuera el emir que fundó Mağrīt, ya el rey que se instaló en una ciudad cuya antigüedad era mayor que la de Roma.

### 3. *Para servir al saber: Mağrīt en la historia metódica y erudita (segunda mitad del siglo XVIII-década de 1960)*

A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, se impulsó el estudio científico de lo árabe-islámico en España, de tal manera que, como subraya M<sup>a</sup> J. Viguera (2004: XXI), “la actividad y avance institucional del arabismo [...] fue notable”. El arabismo de esta época estuvo dominado por la gran labor desarrollada por Miguel Casiri, que publicó en 1760-1770 el catálogo de los códices árabes de El Escorial. Al propio Casiri le debemos un paso importante en la historiografía madrileña puesto que tuvo la genial intuición de que Mağrīt derivaba de una palabra africana, es decir árabe, que significaba acueducto (OLIVER, 1959: 225). Con M. Casiri, la historiografía dio un paso muy acertado: tuvo en su mano, en ese momento, el étimo correcto de Madrid.

A pesar del avance de Casiri, y aunque durante el siglo XIX se elaboraron los métodos de la erudición, la historiografía madrileña decimonónica no logró avances importantes. La escuela metódica de dicha centuria quiso imponer una investigación científica alejada de toda especulación filosófica y llegar de este modo a la objetividad; sin embargo, esta escuela, que fundó, eso sí, una disciplina científica basada en técnicas rigurosas de ediciones textuales, de catalogaciones de fuentes, etc., al mismo tiempo encerraba un discurso ideológico.

Como bien apuntaron G. Bourdé y H. Martin (1990: 181) sobre la historiografía francesa del siglo XIX, los historiadores metódicos participaron en la redacción de manuales escolares donde se elogiaba la IIIª República y la conquista colonial. En España, el siglo XIX fue también el siglo de la erudición: el estudio de al-Andalus se desarrolló entre los arabistas, encabezados por la gran figura de F. Codera (1836-1917), quien se empeñó en editar todas las fuentes que pudo, fuentes textuales, pero también epigráficas y numismáticas (VIGUERA, 2004: LXXVII-CX). El arabismo del siglo XIX no escapó del marco ideológico, nacionalista y católico, que dominó la historiografía de este siglo y que llevó a “españolizar” al-Andalus. Ahora bien, la historiografía sobre el Madrid andalusí no se benefició para nada de los esfuerzos decimonónicos: los eruditos olvidaron los trabajos de Casiri sobre la etimología de Madrid y volvieron a leyendas griegas o latinas (OLIVER, 1959: 230-232). En 1878, apareció un texto típico de la corriente nacionalista, titulado *La reconquista de Madrid por Alfonso VI: leyenda histórica* (DICENTA Y BLANCO, 1878), cuando las crónicas medievales, árabes y latinas, son prácticamente mudas sobre la conquista de Mağrīt.

Si Madrid tardó en beneficiarse de los progresos realizados por la erudición del siglo XIX, la obra maestra que apareció en el año 1959 compensó sobremanera la espera: se trata del más importante libro publicado sobre el Madrid andalusí, hito fundamental en la historiografía, la *Historia del nombre “Madrid”*, que debemos al gran arabista J. Oliver Asín (1905-1980). En esta obra, analiza el papel del latín *matrīce* en el nombre del Madrid premusulmán y del árabe *mağrā* en el nombre del Madrid musulmán y estudia las evoluciones fonéticas por las cuales pasó el topónimo cuando se incorporó a la lengua latina y, luego, a la castellana. Además del estudio filológico, la obra contiene un apéndice sociológico donde el maestro recoge datos relativos a los sabios que vivieron, por lo menos en una etapa de su vida, en Mağrīt. La conclusión mayor a la que llega es la que cierra el segundo capítulo, dedicado al nombre del Madrid musulmán:

“He aquí, pues, explicado, por primera vez, el hasta ahora enigmático nombre Mağrīt, traducción al árabe del primitivo Matrīce, hecha conforme a un patrón iberrorománico, que la población de España aplicaba, por costumbre, a los nombres de lugar” (OLIVER, 1959: 60).

Quizá hallamos aquí, como escribe F. Corriente (1990: 90), “un subconsciente deseo de encontrar en todo lo andalusí un próximo origen hispánico”; aunque más bien veo que J. Oliver Asín, perteneciente al arabismo de su tiempo, debió “españolizar” el objeto de su estu-

dio porque era la única manera de hacerlo aceptable por la corriente dominante, nacionalista y católica. Habría que recordar las tesis formuladas por L. Von Ranke a mediados del siglo XIX, según las cuales no hay ninguna interdependencia entre el sujeto que busca el conocimiento, es decir, el historiador, y el objeto del conocimiento, el hecho histórico; por decirlo de otra manera: el historiador escapa de todo acondicionamiento social (BOURDÉ – MARTIN, 1990: 208). Muy al contrario, la historiografía reciente reconoce la influencia del medio sobre el trabajo del historiador.

Arabista e historiador de su tiempo, J. Oliver Asín también supo integrar a su obra las renovaciones historiográficas de la primera mitad del siglo XX: España no se quedó al margen de estas renovaciones, como puso de relieve P. Ruiz Torres (2002: 94), ya que:

“una pequeña parte de nuestra historiografía [había] empezado antes de la Guerra Civil a introducir en España las nuevas ideas de la ‘revolución historiográfica’ en curso en aquellos años [...] movimiento renovador que se estaba extendiendo por Europa y que en 1929 había dado origen a la revista *Annales*”.

El Centro de Estudios Históricos, creado en 1910, era “una referencia institucional de cierta entidad [...]. Al frente de sus ‘seminarios científicos’ estaban el conocido filólogo erudito Ramón Menéndez Pidal [...], el arabista Asín Palacios” (RUIZ, 2002: 90). La influencia de estas renovaciones historiográficas se nota en el papel otorgado por J. Oliver Asín (1959: 8) a R. Menéndez Pidal, puesto que abre su obra con una referencia al trabajo que el filólogo, miembro de su tribunal de tesis, publicó en 1945.

Aunque no he encontrado en lo que he leído de J. Oliver Asín referencia explícita a la escuela de *Annales*, si bien pudo haberseme escapado, me parece que esta influencia se puede vislumbrar en la importancia otorgada a la dimensión geográfica en su obra. Bien se sabe que, partiendo de las ideas de P. Vidal de la Blache, L. Febvre intentó unir estrechamente la historia y la geografía (BOURDÉ – MARTIN, 1990: 217); pues, en una obra filológica, J. Oliver Asín no duda en introducir geografía física. En la lámina XXX, pone a escala métrica el célebre plano de Texeira “para sobre él acoplar el de las curvas de nivel del relieve moderno madrileño, de forma que puedan así mejor reconocerse los asentamientos estratégicos de la medina y la alcazaba”.

También sabemos que la escuela de *Annales* aboga por no utilizar de manera exclusiva las fuentes escritas, sino emplear otros materia-



les: arqueológicos, artísticos, numismáticos, etc. (BOURDÉ – MARTIN, 1990: 215-243). Muy consciente del valor del documento no escrito, J. Oliver Asín salva, con L. Torres Balbás, los primeros vestigios descubiertos de la muralla del Madrid andalusí. A mediados de noviembre de 1953, con su amigo J. Jimeno Moya, descubrió un trozo de la muralla andalusí en las fincas nº 81 y 83 de la calle Mayor. Confirmado el hallazgo por L. Torres Balbás (1888-1960), ambos firmaron una carta “publicada el 2 de diciembre en el periódico *ABC*, dirigida a su Director, carta en la que pedíamos se interrumpiese la destrucción de tan importante monumento” (OLIVER, 1959: 351). Enseguida tuvo J. Oliver Asín la intuición de que este trozo descubierto era “muralla musulmana en su origen” (1959: 357) y escribió palabras sobre las cuales todavía se puede meditar cuando se pasea por el parque del emir Mohamed I:

“Cuenta, pues, Madrid con un magnífico y venerable muro, el más antiguo de su historia, que por decoro nacional debemos conservar amorosamente, reedificando lo destruido y adecentando y embelliciendo el lugar donde hoy se esconde” (1959: 358).

Por fin, debo recordar que el mismo J. Oliver Asín criticó sus propios trabajos, alejándose de la españolización de lo andalusí. En una conferencia pronunciada en enero del 1966 y publicada por su hija en 1996, afirmó que “ante el nombre ‘Madrid’ no hay que hacer cábalas en busca de antecedentes ibéricos, celtas, romanos o visigodos. Madrid, como entidad de población, no es premusulmán [...] o sea que nuestra capital ha comenzado llamándose Maÿrīt” (OLIVER, 1996: 205).

En los años 60, la historiografía maġrītī siguió siendo de tipo filológico. En 1960, J. Coromines sugirió una hipótesis algo distinta de la teoría elaborada por J. Oliver Asín: el topónimo Maġrīt viene del latín *matrīce* y es el resultado de un fenómeno que bien conocen los filólogos, una metátesis, o sea una alteración del orden de las letras de una palabra que hace pasar de *matrīg* a *maġrà* (COROMINES, 1960). Sin embargo, no desaparecieron en los años 60 las hipótesis llenas de fantasía, como la que hace de la *Mantua Carpetana* de la geografía de Ptolomeo el antepasado de Madrid y que defendía F. Bravo Morata en 1966 (BESSIÈRE, 1996: 14). Buen ejemplo, por fin, de lo que produce una erudición filológica muy esmerada, es el estudio de M. `A. Makkī (1961-1962): el arabista egipcio consiguió identificar a `Ubayd Allāh al-Maġdī, sabio que encabezó la revolución madrileña del año 1025.

#### 4. *Cuando se amplía el territorio del historiador: desde la década de 1970, preguntas y perspectivas nuevas para Mağrīt*

A partir de la década de 1970 ha intervenido un nuevo actor en la historiografía mağrītī, que ha cambiado profundamente la representación del pasado andalusí de la Villa: la arqueología. Las primeras excavaciones, en el marco de la arqueología preventiva, empezaron en el año 1972 y fueron publicadas más de diez años después, cuando se concluyó la quinta campaña de trabajos (CABALLERO – LARRÉN – RETUERCE – TURINA, 1983). El principal propósito era la localización y la salvaguarda de las murallas. A mediados de los años 80, M. Retuerce Velasco (1985) reanudó el trabajo empezado, puesto que los lienzos descubiertos no habían sido ni protegidos ni valorados. Madrid entró así en este profundo cambio y ampliación del territorio del historiador (LE GOFF, 1988: 306), que se percibió en la segunda mitad del siglo XX y del cual España se había quedado alejada por motivos políticos evidentes (RUIZ, 2002). La arqueología transformó profundamente las orientaciones de la historiografía mağrītī: se forjaron nuevas representaciones del Madrid andalusí, sobre todo cuando la muralla ya no fue, como apunta M. Retuerce (1985: 53), el único objetivo arqueológico de la ciudad, sino que la investigación se centró en descubrir y proteger todos los vestigios arqueológicos que encerraba y encierra el suelo madrileño. A partir de 1985, la Comunidad de Madrid asumió las competencias referentes al patrimonio arqueológico, lo que permitió un desarrollo de las excavaciones, más protegidas, más diversificadas (MENA – NOGUE-RAS, 1990), cuyos resultados se han ido publicando, aunque de manera parcial, de tal manera que lo que J. Le Goff (1988: 301) escribía a propósito de la arqueología, pensando en zonas más septentrionales de Europa, se puede aplicar a Madrid: “*L’archéologie a été un des secteurs de la science historique qui s’est le plus développé dans les récentes décennies : évolution de l’intérêt se déplaçant de l’objet et du monument au site global, urbain ou rural, puis au paysage*”.

De las aportaciones, tan fundamentales como variadas, de la arqueología a la historiografía mağrītī, sólo se pueden subrayar los aspectos más importantes: las murallas fueron el primer aspecto de la ciudad cuya representación cambió profundamente, y con ella la de la morfología urbana, consecuencia lógica del propósito que se había dado a las primeras excavaciones. Desde la publicación en 1983 de las excavaciones de los años 1972-1982 (CABALLERO – LARRÉN – RETUERCE – TURINA, 1983) hasta la obra colectiva sobre las murallas de Madrid editada en 1998 (FERNÁNDEZ – MARÍN – MENA – SERRANO, 1998) y de nuevo en 2003 (MENA – ORTEGA – SERRANO – TORRA

– FERNÁNDEZ – MARÍN, 2003), se fueron precisando la forma y los límites del recinto de Mağrīt. La superficie de la ciudad se fue reduciendo, olvidándose las 35 hectáreas que proponía J. Oliver Asín antes de la intervención de la arqueología en la historiografía de la ciudad, para pasar a quince, nueve y, por fin, a las cuatro hectáreas de las últimas interpretaciones, que parecen más conformes con las demás ciudades omeyas de la zona (MAZZOLI-GUINTARD, 2009: 65-76). Queda por precisar el trazado de la muralla Norte de la ciudad, sobre el cual las excavaciones realizadas en la Plaza de la Armería en el marco de la construcción del Museo de Colecciones Reales aportarán, sin lugar a dudas, datos muy interesantes, como lo sugiere el trabajo ya publicado en 2002 por E. Andreu Mediero: en 2000, 60 metros de muralla con cuatro torres quedaron al descubierto, y con la continuación de los trabajos se preveía documentar unos 40 metros más.

Los resultados de excavaciones no son sino las nuevas representaciones de las murallas urbanas que llevaron a pensar de nuevo en las relaciones entre el cuadrilátero de cuatro hectáreas de la ciudad con una posible fortificación original, situada donde hoy se eleva el Palacio Real: la representación más tradicional y difundida de los espacios fortificados de Mağrīt consiste en pensar en la existencia de dos fortificaciones separadas por un espacio vacío, un reducto fortificado para el poder donde hoy está el Palacio Real y un espacio fortificado más amplio que correspondía a la ciudad civil y a las cuatro hectáreas encerradas por las murallas documentadas, en parte, por la arqueología. Otra representación de las fortificaciones fue sugerida por F. Valdés (1990; 1992); para él, sólo hay una fortificación: “todo el conjunto del alcázar cristiano [es] inexistente durante el período islámico, la primera ciudad queda reducida al cuadrado irregular”; es decir que plantea una distinción radical entre el reducto fortificado, construido después de la conquista cristiana, y la ciudad civil, edificada en tiempos de Muḥammad I, dentro de la cual había una zona destinada a albergar al gobernador y su guarnición. Esta hipótesis es la que siguieron los autores de la obra sobre las murallas de Madrid, y, en ausencia de fuentes alrededor de una fortificación primitiva situada donde hoy se erige el Palacio Real, quizá sea la más prudente.

Gracias a la arqueología, la historiografía mağrītī pudo andar por nuevos caminos, los de la cultura material, pues se dieron a conocer las producciones de los artesanos de la pequeña ciudad, en particular de los alfareros (RETUERCE, 1990), pero también sobre aspectos como la alimentación, ya que Mağrīt es uno de los pocos yacimientos andalusíes con publicaciones sobre arqueozoología (CHAVES – SERRANO

– MORALES – TORRE, 1989; HERNÁNDEZ, 1991). ¡Qué pena que queden inéditos los estudios de los análisis carpológicos, antracológicos y palinológicos realizados con los materiales de las excavaciones de la Plaza de Oriente, que dan a conocer el paisaje del entorno de la ciudad y sus cultivos! (RETUERCE – ANDREU, 1994-96).

También gracias a la arqueología, la historiografía maġrītī dio un paso importante en el tema de los viajes de agua, tan importante para la historia de Madrid. Durante las excavaciones en la Plaza de los Carros, apareció un viaje de agua que M. Retuerce (2000) fechó en época islámica, y que es único en toda la Península. Precisa el propio Retuerce (2004: 104) que:

“el tramo que se pudo excavar –una mínima parte de su recorrido total– no fue de nuevo rellenado de escombros al volver a urbanizar la plaza, por lo que existiría la posibilidad de visitarlo si las autoridades municipales así se lo propusieran”.

Confieso haber buscado en vano lo que queda del viaje de agua de Maġrīt...

Mientras la arqueología abría perspectivas nuevas a la historiografía maġrītī, seguían los estudios realizados sobre las fuentes textuales. Sin que la filología aporte datos nuevos sobre el tema de la etimología de Maġrīt, algunos arabistas optaron por una u otra hipótesis: F. Corriente (1990), seguido por M. Marín (2001), se pronunciaron en favor de la teoría de J. Coromines, mientras M<sup>a</sup> J. Rubiera Mata (1990) se inclinaba hacia la tesis de J. Oliver Asín. En 1992, M<sup>a</sup> J. Viguera publicó su *Madrid en al-Andalus*, donde hace un repaso de todas las fuentes textuales árabes relativas a Maġrīt; y, en el marco de los estudios realizados sobre los diccionarios biobibliográficos, M. Marín publicó en 1995 un artículo sobre los sabios de la Marca Media, donde figuran los ulemas maġrītīs. Por fin, la historiografía maġrītī se abrió hacia los siglos posteriores a la conquista de la ciudad por Alfonso VI: la historia islámica de Madrid no se acaba en el 1085, sino que se prolonga con su comunidad mudéjar, cuya situación fue analizada por J. C. de Miguel Rodríguez (1989).

En este período nuevo para la historiografía maġrītī, que se abrió en los años 70, 1990 bien puede ser el año de la “revolución documental” (LE GOFF, 1988: 306) para la ciudad. En mayo de ese año, M<sup>a</sup> J. Rubiera Mata firmó la introducción de la nueva edición de la obra maestra de J. Oliver Asín; en octubre del 1990, se celebró en Madrid un simposium sobre *La fundación de Madrid y el agua en el urbanismo islámico y mediterráneo*; con motivo de este simposium, F. Valdés

hizo imprimir un cuaderno titulado *Madrid, castillo famoso... Diez trabajos sobre el Madrid árabe*, con una tirada limitada, destinada a los congresistas, y que se publicó, de manera, en gran parte, idéntica, dos años más tarde; en el marco de la exposición sobre *Madrid del siglo IX al XI*, que tuvo lugar en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en octubre-noviembre de 1990, se publicó un catálogo que refleja, entre otras cosas, los datos proporcionados por las excavaciones arqueológicas recientes; y en diciembre del mismo año, con motivo del *III Jarique de numismática hispano-árabe*, M<sup>a</sup>. J. Viguera Molins presentó su comunicación sobre *Madrid en al-Andalus*. Todos estos avances historiográficos permitieron que el Madrid andalusí se hiciera un hueco en las publicaciones generales sobre los Omeyyas (RETUERCE, 2001) o sobre la historia de Madrid (MONTERO, 1993), aunque no siempre de la mejor manera: hay que lamentar que la *Histoire de Madrid* de B. Bessière (1996) no tomara en cuenta los trabajos recientes sobre la época andalusí, en particular las aportaciones fundamentales de la arqueología. Sobre las murallas excavadas en la Cuesta de la Vega, se contentó con escribir lo siguiente: “*en 1987, après dix siècles d’ingratitude, la mairie de Madrid rendra un hommage tardif au ‘fondateur de la medina’ en apposant au pied des vestiges des murailles une double plaque en azulejos*” (1996: 38-39).

## 5. Conclusión

Como todas las historiografías, la de Mağrīt obedeció, a lo largo de los siglos, a mecanismos muy diversos que dieron lugar a una amplia producción de trabajos, y todo el saber acumulado por generaciones sucesivas de sabios poco a poco ha permitido *faire sens* a la historia de la ciudad. Claro está que la historiografía de Mağrīt se seguirá escribiendo, sobre todo, con la arqueología, que podrá ofrecer novedades sobre el entorno de la ciudad y las relaciones entre ésta y su territorio, a través, por ejemplo, del tema de las vías, sobre el cual existen dos visiones radicalmente opuestas (ÁLVAREZ – PALOMERO, 1990; JIMÉNEZ, 1992). Sin embargo, las fuentes textuales todavía no han dicho su última palabra y bien es sabido que “*l’histoire nouvelle prône la relecture (souvent inspirée de la linguistique, de la sémiotique ou de la psychanalyse) de sources connues*” (BOURDÉ – MARTIN, 1990: 267). Una lectura nueva de las fuentes árabes, ¿permitirá entender mejor el papel desempeñado por los beréberes en la primera etapa de la historia de Mağrīt? ¿dará perspectivas nuevas sobre el topónimo árabe que designó a la ciudad desde la época de Muḥammad I? Que el emir de Córdoba otorgó a la población que fortificó un nom-

bre árabe, formado con la palabra *mağrā*, nombre que las fuentes escritas fijaron para siempre es lógico; pero, ¿hasta qué punto puede tratarse de un nombre nuevo que olvidó el topónimo tribal como en el caso de Guadalajara –Madīnat l-Ḥiğāra– con Madīnat al-Farağ, de los beréberes Banū l-Farağ, o, también, en el de Guadix –Wādī Āš– con Madīnat Banū Sām, de los yemeníes Banū Sām?

Todavía quedan páginas por escribir de la historia de Mağrīt y debemos agradecer a Cristina Segura y a todos los que participan en los trabajos de la Asociación Cultural Almudayna, la tarea llevada a cabo y desearles muy fructíferos estudios en el futuro.

### *Bibliografía*

- ÁLVAREZ GONZÁLEZ, Yasmina – PALOMERO PLAZA, Santiago (1992): *Las vías de comunicación en Madrid desde época romana hasta la caída del reino de Toledo*, “Madrid del siglo IX al XI”, Madrid, pp. 41-63.
- ANDREU MEDIERO, Esther (2002): *Avance en el conocimiento del sector noroccidental de los recintos fortificados de la ciudad de Madrid*, “Mil años de Fortificações na Península Ibérica e no Magreb (500-1500), Actas do Simpósio Internacional sobre Castelos (Palmela, 2000)”, I. C. Ferreira (coord.), Lisboa, pp. 871-875.
- BESSIÈRE, Bernard (1996): *Madrid*, Paris.
- BOURDÉ, Guy – MARTIN, Hervé (1990): *Les écoles historiques*, Paris.
- CABALLERO ZOREDA, Luis – LARRÉN IZQUIERDO, Hortensia – RETUERCE VELASCO, Manuel – TURINA GÓMEZ, Araceli (1983): *Las murallas de Madrid. Excavaciones y estudios arqueológicos (1972 a 1982)*, “Estudios de Prehistoria y Arqueología madrileñas”, n° II, pp. 9-182.
- CHAVES MONTOYA, Paloma – SERRANO ENDOLZ, Luis – MORALES MUÑIZ, Arturo – TORRE RUIZ, M<sup>a</sup> Ángeles de la – MIGUEL AGUEDA, Francisco Javier de (1989): *Informe mastozoológico del yacimiento de la calle Angosta de los Mancebos (Madrid)*, “Estudios de Prehistoria y Arqueología madrileñas”, n° VII, pp. 157-222.
- COROMINES Y VIGNEAUX, Joan (1960): *Etimología de Madrid*, “Revista de Filología Española”, XLIII, pp. 447-450.
- CORRIENTE CÓRDOBA, Federico (1990): *El nombre de Madrid*, “Madrid del siglo IX al XI”, Madrid, pp. 87-91.
- DICENTA Y BLANCO, José (1878): *La reconquista de Madrid por Alfonso VI: leyenda histórica*, Madrid.
- FERNÁNDEZ UGALDE, Antonio – MARÍN PERELLÓN, Francisco Javier – MENA MUÑOZ, Pilar – SERRANO HERRERO, Elena (1998): *Las murallas de Madrid: arqueología medieval urbana*, Madrid.

- HERNÁNDEZ CARRASQUILLA, Francisco (1991): *Las aves del yacimiento de Angosta de los Mancebos (Madrid)*, “Boletín de Arqueología Medieval”, nº 5, pp. 181-191.
- AL-HIMYARĪ (1938): *La péninsule ibérique au Moyen Âge d'après le Kitāb ar-Rawḍ al-mi'jār*, É. Lévi-Provençal (trad.), Leiden.
- AL-IDRĪSĪ (1975): *Opus geographicum*, fasc. 5, E. Cerulli - F. Gabrielli - G. Levi della Vida - L. Petech - G. Tucci (eds.), Nápoles-Roma.
- JIMÉNEZ GADEA, Javier (1992): *La red viaria en la provincia de Madrid: épocas romana e islámica*, “Maʿyriṭ. Estudios de arqueología medieval madrileña”, F. Valdés (ed.), Madrid, pp. 17-29.
- JIMÉNEZ DE RADA, Rodrigo (1987): *Historia de rebus hispaniae sive historia gothica*, J. Fernández (ed.), Turnhout.
- LE GOFF, Jacques (1988): *Histoire et mémoire*, Paris.
- LÉVI-PROVENÇAL, Évariste (1913-1938): *Al-Rāzī*, “Encyclopédie de l'Islam. Vol. III”, Leiden-Paris, pp. 1215-1216.
- LÓPEZ DE HOYOS, Juan (1572): *Real Apparato, y svmptvoso recebimiento con que Madrid (como casa y morada de su M.) rescibió a la Serenissima Reyna D. Ana de Austria viniendo a ella nuevamente después de celebradas sus felicísimas bodas*, Madrid (ed. facsímil de 1976).
- LUCAS DE TUY (1983): *Chronicon mundi*, E. Falque (ed.), Turnhout.
- MAKKĪ, Muhammad `Ali (1961-62): *A propósito de la revolución de `Ubayd Allāh b. al-Mahdī en Madrid*, “Revista del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos en Madrid”, IX-X, pp. 255-260.
- MARÍN NIÑO, Manuela (1995): *Ulemas en la Marca Media*, “Estudios Onomástico-Biográficos de al-Andalus. VII”, M. Marín – H. de Felipe (eds.), Madrid, pp. 203-229.
- (2001): *Una ciudad de la frontera de al-Andalus: Maʿyriṭ*, “Revista de Dialectología y Tradiciones Populares”, LVI/1, pp. 9-20.
- MARTÍNEZ SALVADOR, Carmen – JIMÉNEZ GADEA, Javier – VALDÉS FERNÁNDEZ, Fernando (1992): *Una bibliografía para una ciudad andalusí*, “Maʿyriṭ. Estudios de arqueología medieval madrileña”, F. Valdés (ed.), Madrid, pp. 181-220.
- MAZZOLI-GUINTARD, Christine (2009): *Madrid, petite ville de l'Islam médiéval (IX<sup>e</sup>-XXI<sup>e</sup> siècles)*, Rennes.
- MENA MUÑOZ, Pilar – NOGUERAS MONTEAGUDO, M<sup>a</sup>. Emilia (1990): *Excavaciones urbanas anteriores a 1985 y política arqueológica urbana de la Comunidad de Madrid*, “Madrid del siglo IX al XI”, Madrid, pp. 223-245.
- MENA MUÑOZ, Pilar – ORTEGA VIDAL, Javier – SERRANO HERRERO, Elena – TORRA PÉREZ, Mar – FERNÁNDEZ UGALDE, Antonio – MARÍN PERELLÓN, Francisco Javier (2003): *Las murallas de Madrid: arqueología medieval urbana*, Madrid.

- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón (1945): *La etimología de Madrid y la antigua Carpetania*, “Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid”, año XIV, n°51.
- MIGUEL RODRÍGUEZ, Juan Carlos de (1989): *La comunidad mudéjar de Madrid: un modelo de análisis de aljamas mudéjares castellanas*, Madrid.
- MONTERO VALLEJO, Manuel (1993): *Madrid antiguo y medieval*, “Historia de Madrid”, A. Fernández (dir.), Madrid, pp. 87-117.
- OLIVER ASÍN, Jaime (1959): *Historia del nombre Madrid*, Madrid.
- (1996): *El Madrid árabe y el nombre de la villa (nuevos aspectos)*, “Conferencias y apuntes inéditos”, D. Oliver (ed.), Madrid, pp. 183-206.
- RETUERCE VELASCO, Manuel (1985): *Informe sobre la excavación arqueológica efectuada en el solar de la Cuesta de la Vega-Calle Mayor*, “Villa de Madrid”, n° 86, pp. 53-72.
- (1990): *Cerámica islámica en la Comunidad de Madrid*, “Madrid del siglo IX al XI”, Madrid, pp. 145-163.
- (2000): *El agua en el Madrid andalusí*, “Historia del abastecimiento y usos del agua en la Villa de Madrid”, J. M. Macías – C. Segura (coords.), Madrid, pp. 37-54.
- RETUERCE VELASCO, Manuel – ANDREU MEDIERO, Esther (1994-96): *Memorias e informes de las excavaciones arqueológicas de la Plaza de Oriente y de la calle de Bailén de Madrid*, Madrid, inédito.
- RUBIERA MATA, M<sup>a</sup>. Jesús (1990): *La toponimia árabe de Madrid*, “Madrid del siglo IX al XI”, Madrid, pp. 165-170.
- RUCQUOI, Adeline (1993): *Histoire médiévale de la Péninsule Ibérique*, Paris.
- RUIZ TORRES, Pedro (2002): *De la síntesis histórica a la historia de ‘Annales’. La influencia francesa en los inicios de la renovación de la historiografía española*, “La historiografía francesa del siglo XX y su acogida en España”, B. Pellistrandi (ed.), Madrid, pp. 83-107.
- TURINA GÓMEZ, Araceli – QUERO CASTRO, Salvador – PÉREZ NAVARRRO, Amalia (2004): *Testimonios del Madrid medieval: el Madrid musulmán*, Madrid.
- VALDÉS FERNÁNDEZ, Fernando (1990): *El Madrid islámico. Notas para una discusión arqueológica*, “Madrid, castillo famoso... Diez trabajos sobre el Madrid árabe”, F. Valdés (ed.), Madrid, pp. 125-158.
- (1992): *El Madrid islámico. Notas para una discusión arqueológica*, “Maʿrīf. Estudios de arqueología medieval madrileña”, F. Valdés (ed.), Madrid, pp. 141-180.
- VIGUERA MOLINS, María Jesús (1992): *Madrid en al-Andalus*, “Actas del III Jarique de estudios numismáticos Hispano-Árabes”, Madrid, pp. 11-35.
- (2004): *Introducción* de “Decadencia y desaparición de los almorávides en España”, F. Codera, Pamplona.